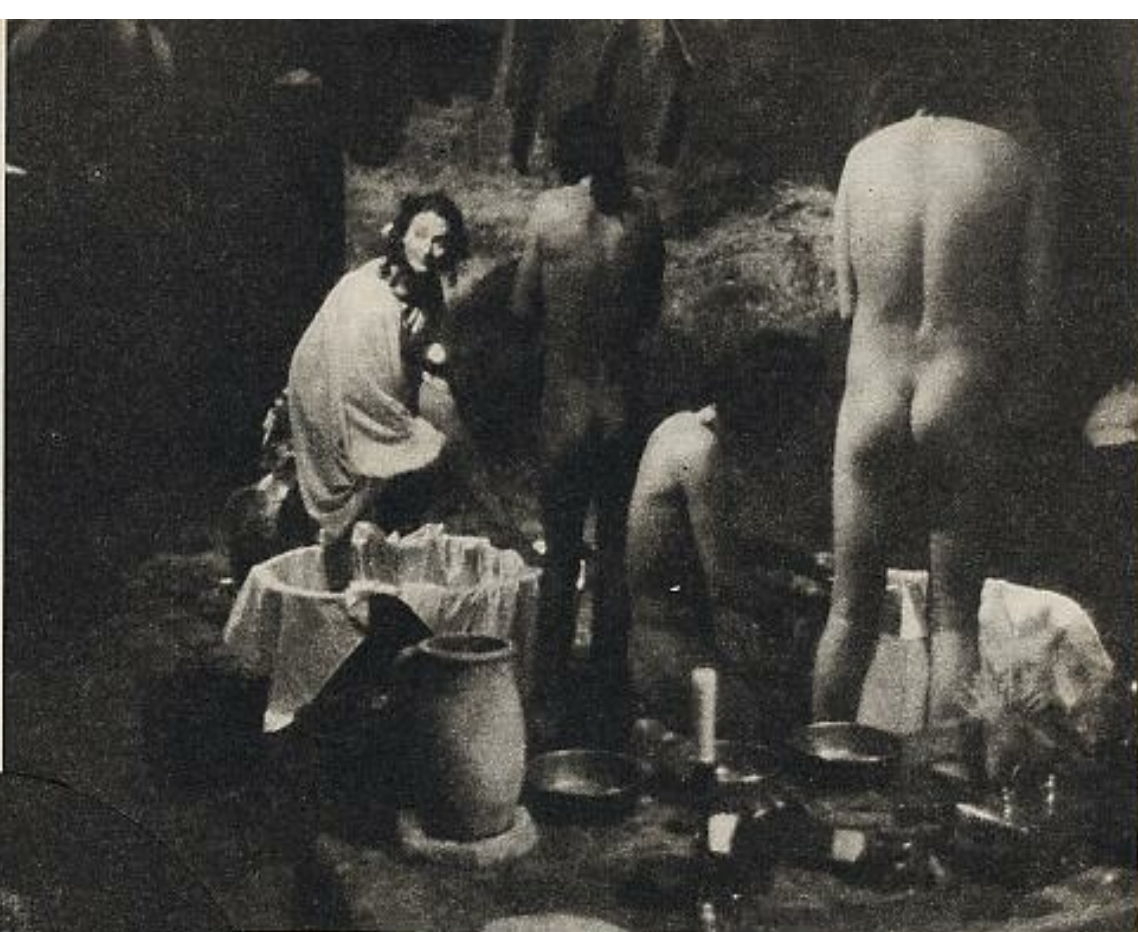


Molière y su mundo, algo fundamentalmente teatral, huésped eventual del cine. No es extraño. Pocas épocas tienen las características cinematográficas del siglo XVII, un tiempo, ante todo, brillante y dramático. En cuanto al personaje, implica una vida o una leyenda con grandes posibilidades: testarudo, genial, cómico de la legua y favorito real, gran mimado y gran amador, sensual, un poco cínico y un poco rebelde... Molière es un gran tipo que no sé si ha sido aprovechado, debidamente, en la película de Mnouchkine.



Esquerra: Jean Baptiste Poquelin, llamado "Molière". Arriba: Fotograma del film "Molière", de Ariane Mnouchkine.



MOLIERE: La maldita pasión del comediante

RAMIRO CRISTOBAL

LAS recreaciones históricas hechas en el cine, en los últimos años, han tenido resultados desiguales. Entre las mejores, pienso, por ejemplo, en el "Barry Lyndon", de Kubrick; la cruel picaresca de Thackeray fue suavizada considerablemente por Kubrick y presentó una imagen del siglo XVIII muy fiel; pero sólo de uno de sus aspectos y, precisamente, el peor. De la misma manera "Que la fête commence", de Tavernier, una meditación sobre la curiosa figura del Duque de Orleans, regente durante la minoría de Luis XV, ofrecía más sugerencias sobre la vida de la Corte que del país en general. Con mucha

más calidad formal y mayor profundidad, continuaba las películas históricas "del corazón" al estilo de los diversos Versailles y Mayerling que en el cine han sido. Otra película de indudable calidad, "Los duelistas", de Ridley Scott, sobre un relato de Conrad (posteriormente Scott dirigió "Alien" sobre un cuento del mismo autor, cambiando totalmente de ambientación y temática), estaba más atenta a la perfección en las caracterizaciones y la estructura plástica de las secuencias, que a la época en la que se desarrollaba la acción (la terminación del Imperio napoleónico y el principio de la Restauración borbónica).

"Molière" tiene una gran ventaja sobre las antedichas: su larga duración. Al parecer, fue filmada como serie para televisión y su duración inicial había de ser de seis horas; posteriormente fue aligerada hasta cuatro horas y diez minutos, pero aun así se acerca al triple de las cintas normales. Naturalmente, en estas condiciones, se ha podido dar un contenido mucho más rico al tema que trata.

Del mismo modo y gracias a esta generosidad de celuloide, puede hablarse de tres aspectos, al menos, que es preciso considerar: el personaje tópico, el personaje antitópico y el mundo en que se mueven. Aclaremos, de antemano, que no siempre es fácil distinguir dónde está la línea de separación entre los dos primeros, aunque resulte evidente su existencia.

Molière, tópico

Todos los personajes históricos tienen un aspecto convencional. Es esta su dimensión tónica, la que suele tratar el cine y, en muchas ocasiones, la biografía menos exigente. Responde a esquemas mentales y patrones psicológicos estereotipados, a través de los cuales se desliza el personaje en cuestión. Está, por ejemplo, su atracción temprana por el oficio o la profesión que tuvo; la lucha contra la incompreensión de sus contemporáneos; al fin su marcha triunfal dejando estupefactos a los mismos que se rieron de ellos o que no confiaron lo suficiente. Frecuentemente, la muerte ejemplar, serena, valiente y confiada.

En el mejor de los casos, este enfoque es sólo parcialmente cierto; en el peor, es una mentira ▶

MOLIERE

vulgar e interesada. Suele ser una verdad a medias que tiende a ilustrar la afirmación reaccionaria de que las personas que jugaron un papel destacado en no importa qué sectores de la Ciencia, el Arte o la Política, eran genios individualizados, una especie de monstruos de la Naturaleza, sin parangón en su época y perdidos en un piélago de mediocridades. Serían el superhombre o la supermujer, en el peor sentido nietzschiano, desvinculado de su tiempo y sus circunstancias históricas.

Molière también tendría este enfoque tópico, generosamente subrayado en la película que nos referimos. Primero, su afición desde niño a las cuestiones teatrales, su gusto por las representaciones callejeras de la "Commedia dell'arte"; después, ya en la adolescencia, su resolución inquebrantable de abandonar la profesión burguesa que le estaba destinada —la de tapicero— y convertirse en comediante. Un abuelo complaciente le ayuda en esta época de su vida. A continuación, el purgatorio de su vida teatral ambulante y, al final, ya en París de nuevo, la protección de Monsieur, el hermano del Rey, y del propio Luis XIV. Sus obras representadas, una tras otra, van siendo coronadas de unánimes aplausos; goza de los favores del Rey, de la amistad de Colbert, el hombre fuerte de la Corte, y del respeto de sus contemporáneos, como Lully el músico real. Es explotado un tópico para colegiales: su muerte tras representar "El enfermo imaginario".

Ya queda dicho que no es falta a la verdad todo esto y que el personaje queda, así, parcialmente definido. Lo peor es que predomine en la película y en su gloria arrastre la de la propia nación francesa, cayendo en el chauvinismo. Molière, vienen a decirnos, encontró en el pueblo francés un público escéptico, pero inteligente, que supo valorarle. Hubo un gran Rey, llamado Luis XIV, que le protegió. Sólo una minoría reaccionaria tenía envidia y le odiaba.

Molière, antitópico

El contrapunto a lo convencional viene dado por aquello que tienda a la desmitificación del hombre y su obra, dejándola, a ser posible, en lo que realmente fue y, en todo caso, en una labor humana. En ocasiones puede ser sólo una cara nueva del tópico, dejándolo en una imagen "original" del personaje, pero en todo caso participando de la "genialidad" del estereotipo. Es otra for-

ma de mitificar que encima suele ser falsa.

Ariane Mnouchkine ha tratado algunos de los aspectos anti-conventionales de su personaje, pero, desafortunadamente, son los menos. Quizá deja entrever en ocasiones, su feroz egoísmo en el trato con sus actores y particu-



María Magdalena Béjart, una de las amantes de Molière.

larmente en el caso de su amante más antigua, Magdalena Béjart, abandonada al fin por su propia hija. Aquí y allá aparecen sus ambiciones de trepar hasta el entorno del Rey y su servilismo con los nobles.

Se diría, sin embargo, que estamos ante una convención más. Ante un vago deseo de "humanizar" al personaje para lograr, en definitiva, que traguemos la píldora de sus múltiples cualidades. La película, a pesar de sus cuatro horas, se olvida, por ejemplo, de presentarnos al Molière empresario, excesivamente enamorado del dinero y negociador interminable de los estipendios; se olvida de que en la meteórica ascensión de la compañía de Juan Bautista, no deja de tener gran importancia la venta de los encantos de las tres damas jóvenes: Magdalena Béjart, Teresa Du Parc y la señorita De Brie, las cuales eran a su vez amantes del propio Poquelin. Se olvida, por último, de señalar el carácter fundamentalmente conservador de Molière y de sus obras; por más que éstas ejercieran y sigan ejerciendo un saludable efecto catártico contra nuestras propias pasiones. Lo cierto es que fueron concebidas para dar gusto a un público reaccionario de nobles y altos burgueses "annoblecidos", por así decirlo. Se ríe de las burguesas de provincias en "Las preciosas ridículas", y de los enamorados de edad en "La escuela de los maridos"; en ambos casos es muy aplaudido por su público de nobles. Cuando estre-

ne "Don Juan" y "Tartufo", la lucha será mucho más fuerte, pero al final la ganará, porque los hidalgos y los beatos no acaban de pertenecer a la gran nobleza, aunque los últimos tengan el apoyo del clero.

El mundo de Molière

El mundo de Juan Bautista Poquelin, la Francia del siglo XVII, si es un gran espectáculo cinematográfico. En este terreno, la habilidad de la realización, la espléndida ambientación y la fuerza de las imágenes, es ya todo un justificante de la cinta, por más que la presentación de Molière pueda dejar bastante que desear. En este sentido, la época histórica es, realmente, el verdadero protagonista de la película, oscureciendo, al gran comediógrafo y actor del que nada o poco logra interesarnos.

Para empezar, en el terreno que nos ocupa, es un acierto la gran atención prestada a la comedia popular italiana, tan ligada al lenguaje cinematográfico, con su valoración de la mímica, de la improvisación y con sus personajes genéricos. Acierta, también, al proponernos como oponente el otro estilo teatral, el neoclásico, con su forzada resurrección de Plauto y Terencio. Cada vez que se nos presenta una tragedia de este tipo sentimos su artificialidad. La polémica intelectual de la época, la superioridad de los "modernos" o los "antiguos", en la que intervinieron Cornelle, Boileau y Perrault, entre otros, se refleja en el propio Molière, empeñado en representar tragedias ampulosas y terminando por inventar comedias de la vida cotidiana, con un lenguaje de barraca al aire libre.

Otra gran realidad, la de la miseria, aparece con frecuencia en la película. Los campesinos hambrientos que devoran el caballo sobre la pradera; los burgueses que tratan de expulsar a los recaudadores. Las guerras "de prestigio" emprendidas por Luis XIV, el buen Rey, necesitaban cuantiosos fondos que desesperaban a Colbert; en bastantes ocasiones los prestamistas reales obtenían, así, en pago el derecho a cobrar los tributos, copando los ingresos de la Hacienda, por muy mercantilista que ésta fuera. Por cierto, que el mercantilismo de Colbert que en muchos órdenes dio buen resultado, fue desastrosa en la política de cereales; consiguió que el precio de éstos bajara a menos de la mitad, pero el resultado final fue que los pequeños propietarios abandonaron su cultivo y el hambre de los años siguientes fue aún peor.

Un catolicismo fanático era otro gran pilar de esa monarquía de oropel. Tras la noche de San Bartolomé, las órdenes religiosas (con los jesuitas al frente) compitieron afanosamente, para llevar el catolicismo hasta el último rincón de Francia. Claro que la cosa no iba, de igual modo, con la nobleza, pero sí con las clases medias y el pueblo. Surgieron así, incluso, órdenes de seglares, como la inefable Compañía del Santo Sacramento, que se encargó, por ejemplo, de parar cuanto pudo "El tartufo". Esta santa sociedad, que a muchos recordará nuestro Opus Dei de cada día, es definida así por un historiador: "La Compañía del Santo Sacramento fue fundada en 1630 por el duque de Ventadour; era una confederación nacional del trabajo católica. Pero era una confederación secreta. No se contentaban con multiplicar las obras,

RELEVO EN LA SECCION DE CINE

A partir de esta semana la sección de cine no irá firmada por Diego Galán, que abandona la crítica voluntariamente (ver TRIUNFO, número 875, página 56). El relevo está a cargo de Ramiro Cristóbal, cuya firma es habitual en este semanario y que ya ejerció la crítica de cine en otras publicaciones, en diversas épocas de su vida profesional.



Ramiro Cristóbal.

Esta sección cinematográfica pasará al principio de la revista, en la que se dará una información —valorada críticamente— sobre las novedades. Con frecuencia, estos comentarios serán completados con un reportaje más amplio, cuando así lo aconseje la calidad de la película o su importancia social. En esta segunda parte de reportajes cinematográficos intervendrán diversos especialistas del medio, incluido el propio Diego Galán, cuya renuncia a ejercer la crítica no significa el abandono del medio cinematográfico, que conoce tan profundamente.



Antigua ilustración del "Tartufo".

con establecer una red provincial... manejar en su provecho a los obispos y colocar pañuelos sobre el pecho de las mujeres públicas: penetraban en el secreto de las familias y pretendían reformar las costumbres privadas "ad majorem dei gloriam". Era un tiempo en que un actor de teatro no podía ser enterrado en lugar sagrado si no se arrepentía expresamente a la hora de la muerte. Molière, que falleció de una afección pulmonar y tuvo un vómito de sangre continuo antes de morir, parece que tuvo dificultades para ser enterrado. Durante mucho tiempo se ha dudado, por este motivo, del lugar en que se encontraba su sepultura.

Yo no sé si todos estos extremos quedan claros en la película, pero en todo caso hay una aproximación a ello en esporádicas, pero significativas secuencias. Una maravillosa ambientación y un inteligente modo de introducir escenas —como la del transporte de las góndolas a través de los montes nevados para contribuir al extravagante lujo de la inauguración de Versalles— subrayan el terrible contrapunto de la magnificencia y la ostentación, y la miseria, y el desamparo popular.

Por lo que a Molière se refiere, se diría que queda bastante claro, a pesar de todo, el fardo terrible, la auténtica maldición del oficio de comediante. Poco después de su muerte, Luis XIV preguntó a Boileau quién había sido el mejor escritor de la época; éste contestó sin titubeos que Molière; indiferente, el Rey continuó su pasco mientras musitaba: "No lo creía así, pero vos entendéis de esto más que yo". Todo un epitafio de los poderes de este mundo sobre la tumba de un genio protegido. Sic transit gloria mundi. ■ R. C.

Gotas nada más

SUPLICO a mis amables lectores que excusen el altivo y pestilente título que encabeza estas pobres líneas. Ocuere que en esta alocada carrera hacia el libertinaje que ha emprendido el personal en la tierra de Santa Teresa de Jesús, la gente ya no sabe qué hacer para llamar la atención, y aunque los tristes hechos que voy a relatar repugnen a mis íntimas convicciones, me veo en la obligación de salir a tan sucio palenque para decir las cuatro palabras que al respecto me dicta mi conciencia. De siempre ha venido mandando nuestra Santa Madre Iglesia, y el venerado Papa Wojtyła así lo recuerda a la menor ocasión que se le brinda, que la pareja humana ha de tener tantos hijos como Dios permita, sin que deba prestar atención a esas voces ateas y marxistas que, con el pretexto de facilitar información verdadera y completa en materia sexual, vierten en sus oídos conceptos disipados y sugerencias de vicios inconfesables; más ha dicho la Iglesia, al advertir reiteradamente que la escandalosa transigencia y permisividad de los poderes públicos en lo que atañe a la pornografía y materias conexas, como la literatura, traería como consecuencia inevitable una nueva escalada en la desvergüenza nacional. Y así ha ocurrido. Hasta ahora, esos trescientos mil abortos que dicen practicarse anualmente en el país venían realizándose con la indispensable discreción que el tema solicita y sin causar escándalo ni sobresalto en la opinión pública. Era el mal necesario, y el poder político y nuestra santa jerarquía religiosa cerraban los ojos, elevaban una oración a lo alto, y un inocente más que, envuelto en un paño de cocina, emprendía su último viaje, a bordo de un camión de basura, rumbo a los vertederos de Vaciamadrid. Y en esas estábamos, que no diría yo que fuera la perfección, pero se le acercaba mucho, cuando una decena de lagartonas de Bilbao, en lugar de hacer calceta o de tomar el té con pastas en cualquier cafetería del Arenal, dioles por emplear el ocio de sus tardes en abortar en casa de cierta señorona acomodada, que carecía, según todos los indicios, de los más elementales conocimientos para realizar la suerte con decoro, ni tenía, por así decirlo, el genio de la raza. Aunque me esté mal confesarlo, las hembras de mi familia, que jamás pudieron desplazarse a Londres ni recurrieron a un ginecólogo de lujo, siempre han abortado según las más rancias tradiciones ibéricas; a saber, dirigidas por los sabios consejos de la abuela, que majaba en el almirez, como sólo sabe hacerlo una abuela, cuarto y mitad de perejil, pontanse dócilmente cabeza abajo, y la abuela, luego de llenarles el agujero viciado con cucharadas bien colnadas del invento, les ordenaba que se tiraran desde los altos del armario o, por lo menos, desde la mesa de la cocina, hasta que expulsaban el feto o se astillaban el fémur, que no siempre, por desgracia, el tratamiento, que ya usara Viriato con su santa esposa, producía el resultado ape-

tecido. Algunas veces, en efecto, mis primas traían al mundo unos niños hermosísimos, aunque, eso sí, algo movidos de facciones unos, con desprendimiento de retina los más, y todos con tales tonos verdosos de piel que, más que crios, parecían guacamayos. Pero la cosa se hacía discretamente, sin dar tres cuartos al pregonero, y dejando en todo momento bien limpia la fama y honra de mi familia y las nobles enseñanzas religiosas que rigieron nuestra educación.

Pues bien; ahora, con la democracia, parece que no, que lo importante no es el honor, ni la religión, sino el escándalo, y las abortistas de Bilbao salen en los periódicos planteando reivindicaciones sociales y relatando su caso como si de vidas

¡YO TAMBIÉN HE ABORTADO!

ANTON AMARGO

ejemplares se tratara; surgen manifestaciones de apoyo que perturban el orden público y hacen necesaria la intervención contundente de nuestra democrática Policía; y en fin, para colmo y espanto de los buenos patriotas, un grupo de mil trescientas cómicas manifiestan públicamente que ellas también han abortado. En la visión apesadumbrada de tan repugnante cuadro social me hallaba inmerso días pasados, cuando mi amigo Malpartida me llamó por teléfono con cierto propósito descabellado:

—Escucha, Antón —dijo Malpartida—. Los empleados de "bingo" de Europa Occidental hemos escrito una carta al juez solidarizándonos con las abortistas de Bilbao.

Siempre he creído en la nobleza de corazón de tales trabajadores, gente abnegada y buena donde la haya, pero, francamente, la propuesta de Malpartida rozaba el esperpento. Además, me llegaba con retraso, pues, días antes, un numeroso grupo de intelectuales, políticos y hombres de ciencia habían promovido un manifiesto, semejante al que me ofrecía suscribir mi querido pero mal aconsejado amigo, y yo me había negado a estampar mi firma.

—Los abortistas quieren la disolución de la familia, las creencias religiosas, la sociedad y el Estado —le dije a Malpartida.

—No sería mal invento —replicó él, que a veces gasta aires volterianos—. Pero se trata de otra cosa. Se trata de acabar con la discriminación que surge del hecho de que una mujer, con recursos económicos, pueda abortar en una clínica, y otra, sin ellos, tenga que hacerlo en una cocina, arriesgando la piel. Pretendemos que la ley tutele el ejercicio del aborto, que sea libre y gratuito y que la mujer, dueña de su cuerpo, pueda elegir libremente entre tener el niño o no tenerlo. ¡Es así de sencillo y de justo, Antón!

Me tenía harto, lo confieso.

—Mira, hermano —le dije, echando mano de toda mi paciencia—. Dejemos las cosas como están. Vete en paz.

Y le colgué. Estaba tan absolutamente jodido con este tema, que decidí escribir este artículo, que es una manera más de abortar, lo confieso, pero en plan constructivo y decente. No como otras.